

Corín Tellado

Corín Tellado: Ni tan pornógrafa, ni tan inocente.

(Tenías razón, Corín, tu sambenito te ha acompañado hasta el final)

PILAR GIL SOLER
IES Cervantes (Madrid)



En el curso 1965 - 66 comenzábamos muchas a estudiar el primer curso del Bachillerato y a sentirnos muy por encima de aquellas humildes congéneres nuestras, que sufrían la terrible lacra de andar todavía enredadas en la Enciclopedia que había de dominarse para superar el examen de Ingreso. Cruzábamos la Plaza de España y allí, estratégicamente ubicado, entre ella y el colegio, andaba el quiosco con toda una floreciente cubierta de fotonovelas, que envolvía las paredes exteriores en sus tres cuartas partes. Se alquilaban, cambiaban y / o vendían. En convivencia desleal con cierto Lafuente Estefanía, ella regía todo el mundo y relegaba al primero a un segundo plano; su nombre (que no identificábamos como

hipocorístico), Corín Tellado. Nunca pudimos pensar que se trataba de una persona, sino de alguien poderoso, como un dios, que manejaba a su antojo las vidas humanas. ¿Cómo se titulaban aquellas obritas? Imposible recordarlo. Sus historias fascinaban; nosotras, que teníamos rigurosamente prohibido leerlas, las conocíamos al dedillo, aunque no entendiéramos, supusiéramos o fabuláramos lo que no había.

A esta mujer, Chronos le jugó una mala pasada. Debería haber nacido cuarenta y cinco años después; con la pluralidad, o la facilidad con que hoy se cometen pecados capitales en nombre del uso literario de la lengua, ella podría haber ocupado muy dignamente un sillón de la Academia (al fin y al cabo, dentro de sus muros se ha invocado el nombre de Quevedo en vano, limitándolo al dudoso papel de enredador caricaturesco, por uno de sus miembros, por ejemplo). Ella siempre respetó a sus mayores: Stevenson, Dumas (padre), las mil y una noches de su niñez; o, en su juventud, Sartre y sus caminos de libertad que la llevarían a Kafka, a Trakl, a Borges, Artaud, Mann, García Márquez, Cortázar... a residir en la tierra con Neruda, Vallejo, Eliot y tantos, tantos poetas... como todos, sin modestia verdadera o falsa, se consideraba una profesional, que escribía para ganarse la vida con su ingenio. Con Bruguera firmó un contrato feroz, que la obligó a una semiesclavitud (despojada de todos sus derechos), sólo perdida con la quiebra de la editorial; esto no fue óbice para convertirla en una mujer rica; aumentó publicidad y ganancias al redactar cuentos y folletines, alternativamente - desde 1951 - para la revista cubana "Vanidades", se ha publicado que su tirada ascendió veloz de dieciséis mil a sesenta y ocho mil ejemplares en un breve lapso.

A ESTA MUJER, CHRONOS LE JUGÓ UNA MALA PASADA. DEBERÍA HABER NACIDO CUARENTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS; CON LA PLURALIDAD, O LA FACILIDAD CON QUE HOY SE COMETEN PECADOS CAPITALES EN NOMBRE DEL USO LITERARIO DE LA LENGUA [...]

Pero se sentía escritora y no escritora; jugó al cinismo de forjarse una imagen perversa de mujer moderna, calculadora y antirromántica ("Siempre fui muy libertaria y siempre hice lo que me dio lo gana". "No me hacía ninguna falta un hombre") y acabó creyéndose su propio mito. Se enamoró como una cualquiera de sus protagonistas, pero no se concedió un final feliz a sí misma, ella que los había prodigado a miles en el mundo (una relación fuera del matrimonio, de la que nunca habló, apenas sugerida en la biografía escrita por la periodista Blanca Álvarez). Se dedicó a sus hijos y a sus libros, mostrándose recta (o tal vez, rígida según los cánones actuales: a los hombres les resultaba demasiado estricta, puritana) en su vida privada tanto como en la pública.

Con los años, algo pasada la fiebre de las fotonovelas, publicó también "literatura seria": novelas largas entre novelas cortas, que sus lectores y editores nunca diferenciaron del lugar común desde el que se dolía, por sentirse cargada con tan pesado sambenito. Evolucionó con el tiempo: del papel a Internet, al cine. También siguió en sus temas las evoluciones del presente histórico, social, político (la guerra del Golfo, Sarajevo... "yo me adapté a los tiempos...") a su ritmo de siempre, desde 1946

Corín Tellado



(cuando publica su primera novela): diez páginas al día, de lunes a viernes, hasta llegar a dar a conocer cuatro mil títulos, cuya venta ha alcanzado proporciones astronómicas. En 1962, la UNESCO la había declarado como la autora más leída en español, junto a

Cervantes (pero, recordemos que don Quijote sufre resignadamente la relegación social que le ha transformado de caballero andante, en imagen de mueble de salón o biblioteca, con independencia de la condición social del falso, parcial y ocupado lector...a veces distraído en la propia Corín).

Siempre se la identificó con el género rosa, en el sentido más facilón del término. Probablemente, sus grandes admiradores hispanoamericanos, entre ellos, Vargas Llosa o Cabrera Infante (quien la llamaba "inocente pornógrafa") contribuyeron a lo que era ese su malestar inconfesado. Para M^a Teresa González, "sus protagonistas siempre van un paso por delante de la sociedad de la época que retratan los libros. En los años 50 hablan idiomas, se interesan por la educación, son secretarías, enfermeras... y después, en seguida, se convierten¹ en profesionales".

Simpatizante del Opus Dei, elegido para la educación de su hijo, contaba allí con numerosos amigos; escéptica en la cuestión religiosa...se consideraba conservadora, aunque no reaccionaria; libertaria en ocasiones, contradictoria siempre. Los años se le pasaron en un vuelo, hasta llegar a su enfermedad terminal, que conllevó con la máxima dignidad, mirándola de frente: "Desde hace nueve años miro la vida con bastante más humildad [...] Siempre he sido una mujer temperamental, y hasta ese temperamento se ha quedado convertido en una diálisis cada segundo día. No obstante, me considero fuerte, porque de lo contrario, no hubiera sido tan

estricta para mi vocación en la cual me vuelco como si fuera un deber y ya no lo es.

He buscado en mi mente la motivación de este afán al trabajo y he de confesarme a mí misma que soy trabajadora de nacimiento, que me gusta lo que hago y que quiera Dios que lo siga haciendo hasta la víspera de mi muerte, o como suele decirse, que me permitan morir con las botas puestas, en este caso será pluma en ristre".

SIEMPRE SE LA IDENTIFICÓ CON EL GÉNERO ROSA, EN EL SENTIDO MÁS FACILÓN DEL TÉRMINO

Entre los escritores, se la considera menor (con minúscula); una parte no despreciable de sus lectores españoles, lo hemos sido prepúberes, secretos o vergonzantes (ocasionalmente, todo a la vez). ¿Dónde se esconden las claves de su éxito? Porque los grandes clásicos, masivamente van muriendo, por más que nos pesa; no pocos de ellos andan descatalogados; no pocos de ellos son apenas un nombre en los libros de texto; el nombre de no pocos de ellos, se ha borrado incluso de este tipo de libros. Pero Lesbia, María, Valeria, Isabel, Rosa (Salvaje), Baby, Magaly y tantas otras pueblan sus libros y anidan en la memoria de sus lectores. Recordemos lo que dijo Jorge Luis Borges de los libros: "son una mágica prolongación de la memoria humana, guardan los sueños, saberes y sentimientos de las generaciones". Y esto es lo que ha venido ocurriendo a lo largo de tantos años... "El destino de las sombras" fue la última de sus novelas, publicada en 2006 y, pocas jornadas antes de su muerte, andaba inmersa en un proyecto; se titulaba, provisionalmente, "Anita y el problema" y había comenzado el esquema de datos así: "Ana, treinta y tres años, hija de un diplomático muerto". Y eso era todo.



María del Socorro Tellado, que habló en sus obras de tantos tipos de mujeres y de hombres, nunca lo hizo de su propia vida, que preservó en muchos aspectos, incluso de sus hijos, a pesar de que en ella se completaba una novela de amor compleja, difícil, maravillosamente arriesgada y proteica. Alguien debería acercarse a su misterio, tomando ese testigo. ■

¹ Vid. González García, M. T. (1998), *Corín Tellado: medio siglo de novela de amor, 1946-1996*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.